



AVISO LEGAL

Artículo: Los demócratas, los *whigs* y la expansión territorial de los Estados Unidos

Autor: Suárez Argüello, Ana Rosa

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 3, año VIII, núm. 45 (mayo-junio de 1994), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Suárez, A. R. (1994). Los demócratas, los *whigs* y la expansión territorial de los Estados Unidos. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 189-197. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1994 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
México, Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS DEMÓCRATAS, LOS *WHIGS* Y LA EXPANSIÓN TERRITORIAL DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por Ana Rosa SUÁREZ ARGÜELLO
INSTITUTO MORA, MÉXICO

A Carlos Bosch García, maestro inolvidable

LAS TRANSFORMACIONES EXPERIMENTADAS en los Estados Unidos a partir de 1815 coadyuvaron a definir la relación de este país con México. Considerarlo resulta indispensable para explicar el fenómeno de la expansión territorial, que constituye uno de los temas principales en la obra de Carlos Bosch García.

En efecto, dichas transformaciones facilitaron el desarrollo de una economía de mercado, lo cual dejó atrás la economía rural y amplió los límites materiales y culturales de la vieja sociedad. La nueva riqueza generó una mayor desigualdad así como tensiones crecientes. La sociedad se volvió más compleja, diversa y conflictiva. Si bien los cambios allanaban el progreso, parecían arrasar los valores que habían sustentado y dado forma a la república.¹

La vida perdía significado y se tornaba incierta. Se volvió la vista al pasado para mejorar el presente y guiar el porvenir. Iglesias, escuelas, instituciones y grupos sociales se constituyeron en instrumentos de una lucha que, aunque no logró todos sus fines, alivió la ansiedad de muchos individuos y los ayudó a adaptarse a la realidad.²

¹ Sean Wilentz, "Society, politics and the market revolution, 1815-1848", en Eric Foner, ed., *The New American History*, Philadelphia, Temple University Press, 1990, pp. 51-71 (*Critical Perspectives on the Past*), pp. 57-58.

² William L. Barney, *The passage of the Republic. An interdisciplinary history of the Nineteenth-Century America*, Lexington, Mass., D. C. Heath and Company, 1987, pp. 31.s.

La política respondió a la revolución material. El segundo sistema bipartidista en la historia norteamericana suministró un medio para reconocer, discutir y resolver los conflictos generados por los vastos y a menudo súbitos trastornos que ocurrían a su alrededor. Sus miembros tenían rango nacional, aglutinaban facciones regionales y locales y se dividían al electorado. En una rivalidad que se alimentaba a sí misma, los Partidos Whig y Demócrata movilizaron a los votantes a partir del decenio de 1830.³

Ambos partidos compartían los objetivos generales: desarrollo capitalista, democracia política en una república liberal y oportunidades iguales. Aunque disentían en cuanto a los resultados del cambio material y el papel del Estado en ellos y la cultura nacional, las discrepancias no eran definitivas y, en particular en momentos de crisis, solían modificar parcial o totalmente su posición.⁴

El Partido Demócrata se atenía a la definición original de libertad, fundada en la propiedad de bienes productivos dentro de una república de agricultores y artesanos independientes y, junto con el derecho individual a la autonomía económica y cultural, se hallaba en peligro por los fueros de los “no productores”, a saber: los banqueros, abogados, comerciantes, especuladores y otros “parásitos” enriquecidos a costa del trabajo ajeno.⁵

El republicanismo demócrata creía que “el mejor gobierno es el que gobierna menos”, es decir, el que se mantenía apartado de los asuntos económicos y ofrecía a todos las mismas oportunidades. Otorgar subsidios o dar privilegios interfería en el *laissez-faire*, creaba monopolios y beneficiaba a los ricos y poderosos; no se pretendía sofocar la economía de mercado, sino que ésta progresara naturalmente.⁶

En tal sentido, el partido sancionaba un ejecutivo fuerte que eliminara las barreras artificiales a la igualdad de oportunidades —como las tierras caras, las corporaciones, el papel moneda o los aranceles altos— y dejaba las medidas necesarias para el bienestar común a la iniciativa estatal o local. Era partidario de la interpretación estricta de la Constitución, tanto como de los derechos de

³ *Ibid.*, pp. 148-152.

⁴ Herbert Ershkowitz y William Shade, “Consensus or conflict? Political behavior in the state legislatures during the Jacksonian Era”, *Journal of American History*, vol. 58, núm. 3 (diciembre 1971), pp. 591-621 y 614.

⁵ Wilentz, p. 65.

⁶ *United States Magazine and Democratic Review*, vol. 1 (octubre-diciembre 1837), p. 6, en Ershkowitz, p. 617.

los estados, si bien desde la crisis de Carolina del Sur se le consideró también como defensor de la Unión.⁷

El Partido Demócrata vinculó el ataque a las ventajas económicas con la defensa cultural de las libertades individuales, amenazadas por los políticos reformistas, capaces de inmiscuirse en asuntos tan personales como la bebida, las actividades dominicales y la educación de los hijos, y de arriesgar la estabilidad al atacar instituciones de los estados, tales como la esclavitud.⁸

En contraste con los demócratas, el Partido Whig dejó de basar la libertad en la propiedad de la tierra y la autosuficiencia económica y la sustentó en el derecho del individuo a tomar sus propias decisiones, aprovechar oportunidades y triunfar según su talento y sus méritos. La libertad así definida implicaba dominio de sí mismo y el deber de ayudar a los demás a progresar, ser respetable y salvarse.⁹

La economía de mercado ofrecía a todos, seguramente, las mismas oportunidades. Los *whigs* no aceptaban la noción demócrata de una élite adinerada y poderosa que conspiraba contra el “hombre común” y no consideraban que éste fuera su víctima. Veían a la república norteamericana como una gran comunidad, donde reinaba la armonía y no había conflicto entre “productores” y “no productores”.¹⁰

Defendían un gobierno nacional activo y paternalista, dominado por la rama legislativa, que alentara el progreso local, estatal y nacional, incorporase al mercado a quienes estaban fuera y propiciara el ascenso social, mediante un sistema bancario y de crédito, la venta de tierras baldías para pagar las obras públicas, aranceles que protegieran a la industria y los obreros de la competencia foránea y el uso más amplio de las corporaciones, a las que veían como agencias para el desarrollo.¹¹

Regular y controlar las secuelas del cambio económico tocaba al Estado.

⁷ *Ibid.*, p. 618.

⁸ Barney, pp. 151-158.

⁹ *Ibid.*, p. 158.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 150-158.

¹¹ Henry Clay, *Sobre los propósitos del Partido Whig*, [s.l.], 27 de junio de 1840, y Daniel Webster, *Sobre los propósitos del Partido Whig*, [s.l.], 10 de septiembre de 1840, en Ana Rosa Suárez Argüello, *Estados Unidos. Documentos de su historia política II*, México, Instituto Mora, 1988, pp. 98-122.

El Partido Whig aceptaba la democracia política, pero consideraba que el voto era un privilegio más que un derecho, la Constitución debía interpretarse ampliamente y la élite propietaria, ilustrada y piadosa, había de guiar a las masas hacia el bien común. Accedían a la unidad entre la Iglesia y el Estado y a la supervisión moral de la vida privada, sin desdeñar la coerción estatal en áreas como la prohibición, el descanso dominical y las escuelas públicas. En cuanto a la lucha antiesclavista, los *whigs* del norte la entendían y los sureños la combatían.¹²

Mientras el Partido Demócrata atraía a los agricultores empobrecidos, los artesanos y los asalariados en general, para quienes el mercado significaba fluctuaciones que minaban la seguridad, posición y linaje familiares y beneficiaba a las corporaciones, creaba relaciones económicas impersonales e intangibles o empeoraba la condición laboral, quienes suscribían los principios del Partido Whig eran los triunfadores o candidatos a triunfadores en la nueva economía, en general norteamericanos de origen anglosajón y protestantes evangélicos: agricultores prósperos del sur y el oeste así como la clase media urbana.¹³

Por su parte, los demócratas congregaban también a los sureños partidarios de los derechos de los estados, que temían la intromisión federal en la esclavitud, y a quienes defendían la libertad de actuar y pensar: los inmigrantes irlandeses y alemanes, los votantes no evangélicos, y la pequeña porción del pueblo norteamericano formada por deístas, agnósticos y librepensadores.¹⁴

No se trataba, sin embargo, de que el Demócrata fuera el partido de los trabajadores y los pequeños agricultores y el Whig el partido de los empresarios y los plantadores ricos. Ambos representaban coaliciones sociales diversas: seguían al primero los grupos en ascenso, a quienes estorbaban los privilegios, como los comerciantes de importación, algunos banqueros y grandes propietarios de tierra, en tanto que al segundo respondían un buen número de

¹² Ershkowitz, pp. 615-617; Wilentz, pp. 66-67.

¹³ Michael A. Lebowitz, "Los jacksonianos: ¿una paradoja perdida?", en Barton J. Bernstein *et al.*, *Ensayos inconformistas sobre los Estados Unidos. Hacia un nuevo pasado*, Barcelona, Península, 1976 (Col. *Historia, ciencia, sociedad*, 133), pp. 75-99, esp. pp. 83, 89-93; Charles Grier Sellers, hijo, "Who were the Southern Whigs?", *The American Historical Review*, vol. 59, núm. 2 (enero de 1954), pp. 335-346, 340-341.

¹⁴ Barney, pp. 136ss.

pequeños productores y asalariados y la minoría negra que podía votar.¹⁵

El segundo sistema bipartidista comenzó a fallar en los años cuarenta, cuando el asunto de la anexión de Texas replanteó el problema de la esclavitud y el debate político adquirió un tono directo y explícitamente regional. Antes de eso, *whigs* y demócratas habían logrado aplazarlas, mas la economía de mercado y sus efectos sociales dificultaron otro arreglo y dieron fin al equilibrio político.¹⁶

El asunto había estado abierto por casi ocho años, hasta llegar a ser tema central de la campaña electoral de 1844. Fue entonces cuando una nueva generación demócrata, ansiosa de emprender la aventura de la extensión territorial, consiguió unir a los delegados del sur y el oeste y nombrar candidato presidencial a James K. Polk, de Tennessee.

Polk apostó todo a un programa que pedía la ‘reanexión de Texas’ y la ‘reocupación de Oregón’’, esto es, la extensión transcontinental de los Estados Unidos. Era una hábil estrategia política, que pretendía unificar a los demócratas y obtener votos en todo el país.¹⁷

Se avivó entonces el entusiasmo por la expansión territorial, que recibió nombre y justificación en el mes de julio, cuando John L. O’Sullivan, editor de la influyente *United States Magazine and Democratic Review*, proclamó que, si faltaran razones para justificar la unión de Texas,

seguramente las hallaremos, y en abundancia, en el modo en que otras naciones se han propuesto entrometerse en el asunto, interponerse entre nosotros y quienes son propiamente partes en el asunto, ... con el objetivo confeso de deformar nuestra política y perjudicar nuestro poder, limitando nuestra grandeza e impidiendo la realización de nuestro destino manifiesto, que es extendernos sobre el continente que la Providencia asignó para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes, que año a año se multiplican.¹⁸

¹⁵ Lebowitz, p. 94; Wilentz, p. 65.

¹⁶ Don E. Fehrenbacher, *Slavery, law, and politics. The Dred Scott Case in historical perspective*, Oxford, Oxford University Press, 1981, p. 59.

¹⁷ Charles Sellers, ‘Election of 1844’’, en Arthur M. Schlesinger, Jr., ed., *History of american presidential elections*, New York, Chelsea House Publishers, 1971, 4 vols., vol. 1, pp. 745-861, 750, 763-775; Charles Sellers, *James K. Polk, continentalist. 1843-1846*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1966, pp. 20-21.

¹⁸ ‘Annexation’’, *United States Magazine and Democratic Review*, 1845, en Albert K. Weinberg, *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*, traducción de Aníbal C. Leal, Buenos Aires, Paidós, 1968 (Col. *Biblioteca de Historia*, 2), p. 115.

Además de extender la frase ‘‘Destino Manifiesto’’, O’Sullivan apuntaba otras ideas en boga, algunas derivadas de la tradición puritana: que Dios había asignado a los Estados Unidos la misión de dominar toda América y que la mejor prueba de ser elegidos sería la extensión transcontinental; que ésta equivalía a ampliar y proteger el área de la libertad y la república federal y democrática; que el Viejo Mundo amenazaba con interferir en el Nuevo, y que era necesario adquirir territorios para la posteridad.¹⁹

El Destino Manifiesto fue muy popular. Esto se debió, en parte, a la revolución tecnológica, pero sobre todo a que, para muchos, la adquisición de tierras y mercados protegería al país de un sinnúmero de peligros internos y externos: el aumento de la población y las ciudades, la industrialización, la agitación antiesclavista, los conflictos raciales y el dominio británico del comercio mundial. Los agricultores y especuladores del oeste querían tierras, al igual que los sureños, deseosos de suplir los suelos agotados y de aumentar su representación en el Capitolio, amén de expandir y por ende garantizar la esclavitud. A los mercaderes y navieros del noreste les atraían los puertos y bahías de California y Oregón, como base para el intercambio con Asia, en tanto que la expansión afianzaría a los especuladores y aliviaría las miserias de los trabajadores.²⁰

Para algunos, el Destino Manifiesto representaba la nación extendida de océano a océano; para otros, el dominio de toda América del Norte. En su forma más extrema equivalía a enseñorearse, algún día, del hemisferio occidental.²¹

La duda principal en la mente de los expansionistas más fervientes era si la obtención de territorios había de ser pausada y pacífica o exigía una diplomacia activa, apoyada en la fuerza o la amenaza bélica. De cualquier modo, para todos ellos, democracia e imperio se habían vuelto inseparables.²²

Sin desdeñar los beneficios económicos, el Destino Manifiesto significaba una actitud de superioridad racial. Los estadounidenses —blancos, anglosajones y protestantes— se impondrían, en algún momento futuro, sobre pueblos miserables, atrasados, fanáticos e

¹⁹ Frederick Merk, *Manifest Destiny and Mission in American History*, New York, Vintage, 1963, p. 24, *passim*.

²⁰ Thomas R. Hietala, *Manifest Design. Anxious aggrandizement in late Jacksonian America*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1985, x-XI, *passim*.

²¹ Merk, p. 24; Weinberg, pp. 122-123.

²² Hietala, p. 196; Merk, pp. 107-108.

incultos, incapaces de gobernarse a sí mismos, en fin, sobre pueblos "condenados", y por ende merecedores de la conquista o la extinción. Se pensaba asimismo que ningún país tenía derecho a reclamar la propiedad de áreas desocupadas o mal aprovechadas.²³

Texas era el mejor ejemplo de cómo actuaría el Destino Manifiesto en el resto de América del Norte. Sus abundantes recursos naturales no se aprovecharon sino hasta la colonización angloamericana, cuando los inmigrantes hicieron un pacto de gobierno, lograron la autonomía sin ayuda de los Estados Unidos y pidieron entrar como iguales a la Unión.²⁴

El Destino Manifiesto fue, sobre todo, una doctrina demócrata. A medida que el partido trataba de unificarse en los años cuarenta, sus líderes del sur y el oeste reconocían en la expansión territorial un movimiento de gran atractivo popular y se tornaban en sus campeones.²⁵

Para enfrentar los cambios económicos acelerados y la rápida modernización, así como para conservar y reproducir una república agraria, donde reinase la libertad y todos sus miembros tuvieran voz y voto, los demócratas proponían un imperio en expansión, donde se dispersara la población creciente. Querían recrear un pasado ideal, mediante la obtención de tierras, la promoción de la agricultura y la apertura de mercados a los productos rurales. Se protegería así al país de los males industriales.²⁶

Persuadidos de lo excepcional de sus instituciones, los demócratas sostenían que el sistema federal favorecía la expansión externa, y permitía "sin el menor peligro, con la mayor seguridad y con beneficios agigantados, tomar un continente".²⁷ Pretendían asegurar también los límites "naturales" del país, para guardarse de los designios hostiles del Viejo Mundo.²⁸

La victoria de Polk les dio ocasión de llevar a la práctica este programa, aunque entre ellos hubiera diferencias. Para los nortños, adquirir territorios por la coerción y la violencia era inacep-

²³ Juan Antonio Ortega y Medina, *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*, México, Secretaría de Educación Pública, 1972, pp. 106 ss.

²⁴ Merk, pp. 46-50, 107-108.

²⁵ John H. Schroeder, *Mr. Polk's War. American opposition and dissent 1846-1848*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1973, p. 6.

²⁶ Hietala, pp. xi, 96-97, 100 ss., 177.

²⁷ "Letter of Mr. Walker, of Mississippi, relative to the annexation of Texas", Washington, 8 de enero de 1844 en *ibid.*, pp. 183, 214-215.

²⁸ Merk, p. 33.

table; el Destino Manifiesto consistía en acoger a los vecinos de la Unión, confiados en que éstos se apresurarían a sumarse a ella Querían Oregón y Canadá.

Los demócratas del medio oeste y del sur aceptaban el uso de la fuerza militar. Los primeros se empeñaban en la obtención de todo Oregón y aun de México entero, los segundos ansiaban Texas y las poco pobladas provincias del noroeste mexicano, pero objetaban la absorción total del país del sur, debido a sus millones de habitantes "de color".

En otras palabras, el hecho de que el Nuevo Continente no estuviera vacío constituía un problema. A corto plazo, muchos demócratas deseaban territorios donde los angloamericanos se impusieran rápidamente y se asegurase la homogeneidad racial y cultural; era secundario lo que sucediera a los habitantes originales, fueran éstos indios o mexicanos. A largo plazo, prevenían la ocupación exclusiva de todo el hemisferio por pueblos del más puro linaje europeo.²⁹

Por su parte, muchos *whigs* se oponían al recurso de la guerra, que les parecía inmoral y podía dividir a la nación, pero favorecían el desarrollo mercantil y creían que los Estados Unidos dominarían, algún día, el continente entero. El destino de la república consistía en perfeccionar sus instituciones a través del tiempo, más que en extenderse en el espacio, si bien a los sureños les atraía Texas y a varios novoiñgleses la bahía de San Francisco. Hablaban en nombre de los intereses agrícolas e industriales del noreste, para los cuales ocupar otras tierras implicaba pérdida de población, aumento de salarios y depresión en el valor de la propiedad, así como de muchos agricultores del sur, a quienes dañaría un mayor suministro de algodón.

Los *whigs* llamaban hermanas a las repúblicas vecinas y deseaban limitar la autoridad federal a los asuntos internos y a un área reducida, para poder planear y dirigir los cambios, y no derivar en un imperio. Estaban seguros de que la "misión" de su país era dar ejemplo de los principios "verdaderos".³⁰

En síntesis, los demócratas tenían por ideal una república agrícola y mercantil, pugnan por un gobierno federal limitado y

²⁹ Hietala, pp. 133-134.

³⁰ *Ibid.*, pp. 6, 198; Reginald Horsman, *La raza y el Destino Manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, traducción de Juan José Utrilla, México, FCE, 1985 (Colección Popular, 285), pp. 300 ss.

por el fortalecimiento del Poder Ejecutivo, y se oponían a la injerencia del Estado en la economía, lo cual podía favorecer a los grupos privilegiados; los *whigs* proponían el progreso industrial, una mayor autoridad de la Federación ante los estados y del Congreso frente al presidente, y la participación pública en los procesos económicos.

A partir de los años cuarenta, se ofreció otra perspectiva a los cambios. Vista como sinónimo del destino de los Estados Unidos —a la vez que como expresión providencial de su misión transcontinental, libertaria y republicana—, la expansión territorial fue también un medio para obtener votos. Si los demócratas hablaban de un imperio agrario, extendido geográficamente, y algunos aceptaron el recurso de la violencia en caso necesario, los *whigs* —menos urgidos de tierras para su proyecto industrial— se interesaron en el mejoramiento, a través del tiempo, de la propia república, y en ser un ejemplo para los pueblos vecinos, con los cuales tal vez algún día se podrían asociar.

Las propuestas de los unos y los otros afectaron en forma distinta la política exterior de los Estados Unidos e incidieron, por ende, en la relación con México.